

Buenas noches campillanas, campillanos y forasteros que en esta preciosa noche para nosotros, habéis querido acompañarnos.

Es para mí un honor que me hacéis, al brindarme la oportunidad de ser yo la que os dé la bienvenida a estas fiestas 2.000.

Esta noche me corresponde estar aquí. Hace ya muchos, muchos años, estaba allí, en el trono. Los recuerdos se acumulan en mi mente queriendo salir para contaros muchas cosas, pero me limitaré a contar una mínima parte de nuestra rica y basta historia.

Año tras año nos reunimos en este “pedazo” de plaza, ¡la nuestra! Esta noche se le ve un tanto ensombrecida, por la belleza que despliega este ramillete de rosas, con sus apuestos acompañantes.

Dicen, y es verdad, que la juventud es el soporte de los pueblos. Pues bien, si esta es la representación de nuestra juventud, podemos estar tranquilos.

La juventud mueve los pueblos.

La juventud es el corazón.

Nuestra juventud de antaño movió las ruedas del molino de harinas, movió los de la almazara, trituro la vid con sus pies para sacar su néctar, el vino. Esa fue nuestra juventud, toda vestida de color morado azafranero, cuando nuestros campos en octubre nos daban y nos dan el manto del azafrán. Esa era nuestra juventud, ahora ya padres maduros, con todo el conocimiento y la riqueza que aprendimos de nuestros antecesores.

Ahora nos esforzamos en transmitirlo a nuestros hijos que son la columna de sostén que mantendrá a Campillo en pie y bien afianzado en sus nuevas fábricas, empresas y diversos negocios.

Sería extraordinario que los jóvenes de ningún pueblo tuvieran que separarse de sus raíces para florecer y prosperar.

Espero y creo que Campillo será capaz de conservar sus raíces bien regadas, para que las hojas de sus árboles sean de un verde deslumbrante, y sus flores nos recuerden a nuestra bella flor del azafrán.

Como veis tenemos motivos recientes para sentirnos dignos de ser campillanos, y motivos remotos para sentir el mismo orgullo, por los privilegios concedidos en tiempos ya lejanos.

Pasamos de ser una aldea de Cuenca a ser ilustre y muy leal Villa de Campillo de Altobuey.

Después de muchas trabas y zancadillas, nos concedieron permiso para fundar el convento. ¡Que ahí está, erguido con orgullo mirando al pueblo!

Se nos obsequió con los cuerpos de los cuatro mártires, San Cipriano, San Silverio, San Antonio y Santa María.

Nuestra Virgen fue enarbolada en el estandarte real de Alfonso IX de Castilla.

Pero sobre todo y el mayor orgullo es que Nuestra Señora quiso ser campillana.

Se puso delante de los ojos de los soldados, cuando les ocupaba la gran tarea de asediar la ciudad de Cuenca, dominada por los moros.

Más tarde da muestra más fuerte de querer ser campillana, diciendo:

¡Me quiero quedar en Campillo! Cuando un andante de la Jorquera, sorprendido por una gran tormenta, se refugió en una hornacina de la puerta de la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, al pasársele el susto de los truenos, miró a su entorno y allí se encontró con la belleza de Nuestra Virgen de la Loma. No lo pensó y abriendo su morral la escondió, cuando consideró que estaba lo suficientemente lejos, abrió su zurrón, ¡estaba vacío! No estaba la imagen bella que él había puesto allí, volvió corriendo a la puerta de la ermita y allí estaba resplandeciente.

El hombre se acercó aquí a la Villa con espanto, para contar lo sucedido.

Ella no se quiso ir de este pueblo y regresó. Eligió estar entre nosotros, y aquí sigue.

Damos fe años tras año, en la procesión solemne del Convento a la Iglesia, donde ningún campillano ve a nadie, sólo tenemos ojos para ella, y esos ojos están cubiertos de lágrimas, lágrimas de alegría, al sentirnos protegidos y elegidos por Nuestra Virgen de la Loma.

Como pregonera de este año, os deseo lo mejor a todos los campillanos y acompañantes, que nos habéis hecho el honor de estar con nosotros.

Para la reina y su corte con sus apuestos galanes, que sean tan felices en su reinado como yo lo fui en su día.

Me despido de todos vosotros, con una poesía mía titulada “La Campillana”, no sin antes aclamar Felices Fiestas y viva la Virgen de la Loma.

CAMPILLANA

Campillana me siento yo:

Mirando la vega,
viendo el hocino,
sintiendo el olor
a vereda.

Campillana me siento yo:

Todo secano,
nada regadío,
secano listo,

sabiendo robar del arco iris
sus haces de colores,
haciendo gala de ellos
según estaciones.
Rojo amapola,
amarillo pascua florida,
morado de color azafrano,
verde olivo,
blanco puro de almendro florido,
recordándome mis campos,
cubiertos de blanco invierno.
Llegando por fin
el cálido color del almendro
con pañuelo blanco,
despidiendo el frío.

Campillana me siento yo:
Cuando mis campos
se visten con colores de gala,
se perfuman como mujer devota
esperando a su Virgen de la Loma,
formando un cordón de gentes,
desde el Convento a la Iglesia,
entre clamores y penas.
Tarro pequeño de perfume embriagador,
romero, tomillo, morquera,
sándalo y espliego.

Me siento campillana:
Notando en mi rostro
la suave caricia del viento noble.
¡También al solano molesto!

Me siento yo:
Cuando dando rodeos
por muchos que dé,
ante mí la plaza.
¡Ay plaza mía!
Hay plazas y plazas,
pero ésta... es la nuestra.
¡La siento mía!
Soy de aquí
de ningún otro soy.
Con mi dejo, mi acento,
mi ico, mi aguante
y mi pucherico.

Me siento yo:
Mirando tus campos,
veredas, vegas y mojones.

Pero cuando más me siento yo
es viendo a tus gentes.
Con ellas,
con cada una,
de una en una.
¡Me veo yo!